

Crece en Libertad

**Notas sobre el Aprendizaje Autónomo
desde la Complacencia**

Anna Dragow



Libritos Canaday

Ponencia de apertura al 4to Congreso Internacional sobre **Educación sin Escuela, Autoaprendizaje Colaborativo, Educación en Familia y Modelos de Escuelas Flexibles**, realizada por Anna Dragow en la Universidad Nacional de Colombia durante los días 2, 3 y 4 de Octubre de 2014. Título original: De certezas, terremoto y miga de pan. ¿Desarrollar o arrollar? Notas sobre el aprendizaje autónomo desde la complacencia

Anna Dragow

Polaca de nacimiento y española de adopción. De formación actriz-titiritera. Nutriéndose de varios autores, investigadores, amigos y niños de su entorno, y, sobre todo, guiada por su hijo, descubre la crianza en brazos, el juego libre y el aprendizaje no directivo, permitiendo que él se criara y educara sin escuela, sin maestros, sin métodos y en la complacencia. Fundó junto a sus amigos la aldea virtual **Crece en Libertad**, y posteriormente el Movimiento de Liberación Infantil, para acompañar a las personas que desean aprender a confiar en sus hijos y despatriarcalizar sus relaciones familiares.



Sin copyright, licencias o derechos específicos. Invitamos a copiar, intercambiar, citar y distribuir por cualquier medio posible. Amplifiquemos y multipliquemos los esfuerzos autónomos a través de redes abiertas de apoyo mutuo.

Crecer en Libertad

Notas sobre el aprendizaje autónomo desde la complacencia

Anna Dragow

*A Axel, Marta, Erwin y Ana, niños no domesticados,
por todo su apoyo y amor en este juego de escribir.*

“No nacimos críticos con la sociedad existente. Hubo un momento en nuestras vidas (o un mes, o un año) en el que ciertos hechos aparecieron frente a nosotros, nos sobresaltaron, e hicieron que nos cuestionásemos creencias que estaban fuertemente fijadas en nuestra consciencia, incrustadas ahí debido a años de prejuicios familiares, de escolarización ortodoxa, de absorber periódicos, radio y televisión. Todo esto parece conducirnos a una sencilla conclusión: que todos tenemos la enorme responsabilidad de llamar la atención a otros sobre información de la que carecen, esa información que tenga el potencial de hacerles repensar ideas que hayan sostenido durante mucho tiempo” (Howard Zinn).

Crecí en el mundo de las certezas. Cuando éramos niños, tanto yo como mis hermanos y amigos, sabíamos que las cosas eran de cierta manera: seguras, claras e inamovibles. (*Todos los hombres nacemos libres e iguales*). Existían leyes, que se debían cumplir para preservar la paz social, sabíamos que si cruzábamos la calle con semáforo en rojo seríamos multados aunque la calle estuviera

desierta, había Dios que era amor y bondad, (y el diablo que estaba a su servicio para llevar al infierno a los malos) y que por el mundo había bárbaros que tenían sus “diositos”, pobre gente.

Teníamos un algo que llamábamos patria, sabíamos que los chicos no lloran y que las chicas guardan secretos de sus lunas. Sabíamos que se aprende en la escuela como se come en la mesa. Que se tiene que comer fruta para estar sanos. También carne y sopas y leche, sobre todo leche. Sabíamos que tener una profesión era sinónimo de tener un trabajo y un sueldo para toda la vida. Sabíamos que los buenos serían recompensados, los malos castigados, los rebeldes vueltos al redil y los sumisos premiados. Sabíamos que la fiebre era una enfermedad y para hacerla desaparecer había aspirina y antibióticos. Sabíamos que por el mundo, por allí, vivían estas tribus de salvajes que no se sabe bien por qué rechazaban unirse a nuestro mundo civilizado.

Sabíamos que el hombre viene del mono y la mujer también, aunque algunos aún bromeaban con la metáfora de la costilla. Sabíamos que si abrías el grifo de agua caliente saldría caliente, sabíamos que en África había hambre porque eran pobres y eran pobres porque su tierra no era fértil y sobre todo sabíamos que cuando se presentaba un problema y algo no nos cuadraba, los adultos tenían todas las respuestas. Los adultos eran los garantes de nuestro equilibrio y certezas. Y que lo sabían todo porque eran adultos. Y vivíamos reclusos en un mundo de niños al que no accedían ellos y ellos en el mundo de los adultos que era bastante más complicado e inestable. Pero de eso me enteré más tarde.

Cuento todo eso porque creo que es necesario entender de dónde venía yo, cuando mis marcadores de certezas desaparecieron, para entender por qué veo tan importante contar estas historias y por qué siento estar en deuda con los que me ayudaron a abrir los ojos.

En aquel mundo, una de las certezas más grandes que teníamos, era que ser una cría tenía muchas ventajas. Yo no tenía ninguna prisa para crecer, sobre todo porque la vida se nos llenaba de juego libre, pocas horas de colegio, pocas o ningunas obligaciones o responsabilidades reales... en la calle de la mañana a la noche, con la lluvia, con el sol del verano y las nieves del invierno... no tenía ninguna prisa para crecer... pero crecí. Pasar al mundo adulto aún no me supuso grandes cambios. En un país como el mío, donde un estudiante universitario recibía una beca decente, casi un sueldo, el paso a la Universidad, cambio de ciudad e independizarse de los padres sólo suponía más autonomía, más diversión y más libertad. Y luego emigré....

En un país tan distinto, en una vida tan diferente, con gente que hablaba otros idiomas y habitaba otros mundos es cuando empezaron a caer todas mis certezas como fichas de dominó y así fue como empezó una etapa de aprendizajes, de cambios de paradigmas y de descubrimientos que aún no han terminado.

¿Quién dijo que el cerebro desde que nace muere, que las neuronas no se restituyen y que, en definitiva, si no aprendíamos de pequeños ya no había oportunidad?

PRIMERA PARTE: CERTEZAS

Años de escolaridad obligatoria y luego voluntaria, la sociedad profundamente escolarizada en la que viví desde pequeña por ser hija y nieta de maestras, además de la publicidad que hace de la buena instrucción la industria del cine, me habían dejado una idea clara -contra toda evidencia cotidiana- de que no hay conocimiento sin instrucción explícita. Así que tras el cambio de vida, las primeras certezas que tuve que revisar tenían que ver con el propio aprendizaje, mis arraigadas convicciones de que sin maestros, sin método y sin estructura no existía un verdadero progreso, se encontraban por el suelo riéndose de mi.

Las cosas iban bien. Ni me enteré cuando, tras unas semanas entre las tinieblas, empecé a comprender poco a poco la lengua de los extraños y hasta detectaba, por la velocidad de lo narrado, cómo de importante era seguir o no las frases y las risas. Aprendía con todos mis sentidos, aprendía sin darme cuenta. Así es como, de forma completamente natural, por inmersión, a la edad de 22 años aprendí el castellano, sin haberlo estudiado nunca en una escuela, y sólo con la ayuda eventual de un libro, guiada por las ganas de estar con gente y comprenderla, lo que antes me podía parecer una tarea inmensa se había hecho sin ningún esfuerzo, comenzando por las letras de las canciones de Amancio Prada y Antonio Machín, entendiendo poco a poco los significados ocultos en la poesía...

Yo hasta entonces creía que la lengua extranjera debía de ser asimilada a la edad temprana y que el aprendizaje en general se nos daba mucho mejor de pequeños. En poco tiempo descubrí que buceaba en este idioma como si fuera un disfrute veraniego, desde las frases sencillas, notas en un supermercado, discusiones cotidianas, hasta las letras de Cortázar... sin esfuerzo, sin calificaciones, sin exámenes, sin tener que rendir cuentas a nadie, progresivamente, sin sentir la presión por hablar... un día descubrí que soñaba en castellano, soñaba, pensaba e imaginaba en este idioma de adopción.

Muchos años después escuché la conferencia del Prof Dr. Gerald Hüther sobre la neurobiología del cerebro en la que este científico confirmó lo que yo ya había observado en mi, mi niño y otras personas cercanas: que nuestros cerebros no tienen ninguna fecha de caducidad, que no hay límite alguno, que están dispuestos a aprender desde el primero hasta el último día de nuestras vidas. Pero, eso sí, sólo bajo ciertas condiciones. ¡Para aprender tenemos que saber entusiasmarnos! Y este es un verdadero problema para muchos adultos, que a menudo nos pasamos años sin sentir el entusiasmo por absolutamente nada.

¡Qué diferente sin embargo es la vida de una criatura que puede entusiasmarse cada pocos minutos y nunca se cansa de observar y disfrutar el mundo que la rodea! Una mota de polvo, una caja de cartón, un nuevo verbo, el tubito que forma un macarrón, la lluvia, un charco de agua.... 50 y hasta 100 veces al día puede estar expuesto un pequeño humano a esta lluvia de neurotransmisores.

Cómo no recordar el brillo de los ojos de mi hijo recogiendo fresas o tocando la nieve. Cómo no recordar sus diálogos con las piedras y palos que traía diariamente de sus excursiones, cómo olvidar sus gritos de alegría cuando descubría que podía correr más rápido que yo...

Cuando escribo eso, la pequeña Gabriela de 3 años sentada en el suelo al lado de una caja llena de juguetes no para de entusiasmarse por cada animalito encontrado. Elevándolos a la altura de sus ojos dice: “¡miraaaa! ¡un elefanteee!!!”, ¡miraaa!!! ¡Una ballena azul!!!”, “miraaa!! una foca con dientes largos!!!” “No es una foca” escucho decir a su hermana “la que tiene dientes largos es una morsa, se parecen”, y ella sigue sorprendida y toda entusiasmada dice: “no es una foca, ¡miraaaa!!! ¡es una morsaaaaa!!!” Los va dejando al lado y buscando otro y otro y todos le parecen increíbles y todos merecen ser reconocidos. Quienes vivimos o trabajamos con niños conocemos bien estas emociones intensas. Quienes observamos a los niños no condicionados para gustar, sabemos que no hace falta estimular nada para que ocurra. No se necesita motivar, ni animar, ni aplaudir, ni gratificar ni reforzar. El niño así comparte sus descubrimientos, los comunica con alegría y asombro, pero no lo hace para gustar o satisfacer a los demás. Es muy diferente comunicar los descubrimientos, compartirlos, que buscar aprobación, aceptación y gratificación ajena al placer que le pueda producir el propio descubrimiento.

“¿Desde cuando se sabe que la cabeza sirve para pensar?, ¿Cuándo se les ocurrió eso?” preguntaba mi hijo confirmándome que las

grandes preguntas y descubrimientos llegan solos, naciendo del diálogo y del intercambio de ideas con los adultos principalmente. ¿Existe mejor estimulación del aprendizaje que la curiosidad y la búsqueda creativa de respuestas? ¿Existe mejor juego que descubrir el mundo que nos rodea? El cerebro sólo se desarrolla si se usa intensamente y estamos hechos para aprender.

Es revelador lo que descubre Gerald Hüther sobre el funcionamiento bioquímico del cerebro humano: estos transmisores neuroplásticos riegan el cerebro entusiasmado permitiendo el crecimiento neuronal para albergar nuevas informaciones en la zona que corresponde, no por casualidad, concluye, el entusiasmo es como el fertilizante para el cerebro.

Así que la clave no está en la edad, sino en la manera que tienen los niños de vivir, de percibir el mundo. A la luz de estos descubrimientos comprendí la facilidad con la que aprendí a comunicarme en castellano. Mi nueva vida, mi compañero, mis ganas de integrarme y la fascinación por todo lo que me acontecía a diario, eran suficientes para poner en marcha esa magnífica máquina. Por aquellos años, sin embargo, yo no tenía estos conocimientos, aún estaba lejos de ser madre y ni me podría imaginar que acabaría confiando tanto en la autorregulación, el aprendizaje autónomo y no directivo como para decidir no escolarizar a mi hijo, preservando así su vida autorregulada.

Porque tal vez no se trata de tener toda la información previamente, sino permitirse aprender, lograr no entorpecer los

procesos que se están dando continuamente y no negar las evidencias. En vez de dejarnos arrastrar por las circunstancias, crear unas nuevas compatibles con las necesidades auténticas del niño. No es partir de una teoría, método, ideología, hipótesis. Es comenzar por el niño, observar con detenimiento cuáles son sus necesidades actuales y dejarse guiar por ellas. En estos últimos años leyendo sobre el cerebro desde mi posición de aficionada desinformada, me quedé sorprendida con la multitud de datos que desconocemos sobre este tan importante órgano, y con la cantidad de mitos y creencias que conservamos de las épocas pasadas. Es muy difícil que eso cambie porque nuestro conocimiento del mundo se construye sobre las bases que adquirimos hace muchísimos años, información en gran parte obsoleta, datos que nadie desmiente y que nos sirven para construir los cimientos del conocimiento que aplicamos en nuestra vida diaria.

“Todos los niños son básicamente iguales” y “cada uno de ellos es único e irrepetible”. “Los niños para ser felices necesitan cariño” “pero también firmeza”, “los límites les dan seguridad” y “los límites crean gente limitada”, “necesitan que los padres sean padres”, “necesitan que los padres sean amigos”, “necesitan autoridad” y “necesitan igualdad”, “necesitan premios y castigos para aprender a respetar”, “necesitan buscar en sí mismos el sentido ético, que es innato”... “los niños necesitan comer regularmente y nutrirse bien”, y “necesitan autorregularse y hacerse caso”, “necesitan dormir con los padres” “dormir con los padres crea dependencia y falta de autonomía”... estos son sólo algunos ejemplos, que me recuerdan la situación esquizofrénica

que envuelve el mundo maternal. Todos los expertos pretenden tener razón, los consejos y opiniones suelen confundir aún más a ya desesperadas madres y la crianza va convirtiéndose muy pronto en búsqueda de estrategias y métodos para domesticar a las criaturas.

¡Y qué difícil se vuelve la vida entonces! a menudo recuerda al intento de hacer un cuadro con piezas que vienen de puzzles diferentes.. ¡Tarea imposible! Y aunque haya cada vez más estudios e investigaciones sobre estos temas se quedan en el ámbito académico y en la prensa especializada, pues apenas tenemos canales de comunicación entre el mundo académico y la calle. Y mientras tanto seguimos creyendo que un bebé no siente, que un bebé no sufre, que un bebé no se comunica y sobre todo nos cuesta creer que sea capaz de pensar. La mayoría de las personas sigue creyendo que un bebé nace con un cerebro mínimo, que se desarrolla posteriormente, a lo largo del crecimiento del niño. Aunque la verdad que hoy confirman los sofisticados aparatos de escaneo cerebral, es que nacemos con un cerebro hiperconectado y lo que ocurre a lo largo de nuestro crecimiento es el podado de conexiones innecesarias. El cerebro es un órgano fascinante y seguramente nos queda mucho por descubrir, pero aún hoy, con lo poco que sabemos hay una cosa segura y es que nacemos con todo lo necesario para ser capaces, y totalmente preparados para la vida que nos espera.

El cerebro está en constante desarrollo, capaz de producir proteínas y construir con ellas nuevos filamentos y unirlos en

nuevas sinapsis, para hacer las redes neuronales más densas y más funcionales. Los científicos han podido observar como algunas zonas cerebrales crecen visiblemente. Y así, como comenta Dr. Gerald Hüther, en los jóvenes, en los últimos años la zona que controla el movimiento de los pulgares ha crecido un 10%. Es fácil adivinar el porqué. Cuando me llega esta información me resulta inevitable pensar en el cerebro de mi hijo, en el cerebro de cualquier niño que conozco. Oigo las palabras de los adultos que le rodean, pienso en los complejos procesos que están en marcha y que se interrumpen constantemente por nuestro “inocente” intervencionismo.

Prohibir y obligar son dos actividades favoritas de los adultos frente a un niño. Las veces que no les dejamos continuar con los quehaceres que les proporcionan placer, las veces que cortamos su entusiasmo por parecernos algo ridículo, inútil o superficial, las veces que les obligamos a estudiar o practicar habilidades que no les interesan. Las veces que interrumpimos sus juegos... Pienso en las consecuencias que tiene para su salud y su aprendizaje la directividad, la programación externa de actividades y el tener que cumplir con las expectativas que no suelen tener en cuenta el real funcionamiento biológico del cerebro sino convenciones sociales, religiosas y culturales. Y siento el impulso de preservar en lo posible ese microclima, ese nicho de vida propia, ese enclave sagrado de desarrollo. El impulso de dejarles en paz, sobre todo dejarles en paz, confiar en ellos, observar y escuchar, servir sus necesidades y deleitarse viendo cómo florecen, cómo disfrutan, cómo su conocimiento se abre, ramifica y expande.

Con esa idea trabajamos hace unos años algunas familias reunidas en Crecer en Libertad. Nuestras mentes escolarizadas aún, nuestros miedos y nuestras propias historias vacías de espontaneidad tienden a dificultarnos este camino a solas. Ahora compartiendo vida, experiencias y aprendizajes estamos recuperando este mundo perdido para nosotras y nuestros hijos. No escolarizar es sólo un paso simple, las dificultades llegan cuando descubrimos que se trata de un cambio vital para toda la familia, no de un cambio del método educativo, pues vivir no es un método de crianza, un recetario, sino precisamente su ausencia.

Esa misma idea ha impulsado también a André Stern a fundar el *Laboratorio de observación y preservación de las disposiciones espontáneas del niño*. Él, como padre que no escolariza, pero sobre todo niño al que se le permitió crecer sin escuela y guiarse por sus propios deseos en su formación, dedica gran parte de su vida a la divulgación de su experiencia. Dice André Stern que esa vida desescolarizada ha sido posible gracias a sus padres que en vez de preguntarse qué método educativo usar para lograr que el niño avance se atrevieron a preguntarse qué pasaría si le dejaran aprender a su manera y por su propio impulso.

Igual que la ecología trabaja para recuperar lo natural en la naturaleza, la ecología de la educación trata de localizar disposiciones espontáneas del niño, olvidados hoy, aplastados por el peso de la enseñanza artificial, ritmos antinaturales y la competitividad destructiva. Ecología de la Educación propone como fin el decrecimiento educativo, partiendo siempre desde el niño y no de un concepto cualquiera. Ecología de la Educación no

utiliza materiales educativos, sino sólo como fertilizante, el entusiasmo natural de los niños (neurobiología moderna utiliza específicamente el término "fertilizante" para describir la acción de entusiasmo sobre el cerebro -ver el trabajo de Prof. Gerald Hüther). La ecología de la educación, al igual que todas las demás formas de la ecología, está trabajando para restablecer los lugares y las confianzas, que desde ahora y adelante son indispensables para un desarrollo sostenible de la sociedad y sus actores, independientemente de la raza, especie, color o generación.

Para nosotros es de gran ayuda comprobar que se están realizando investigaciones para saber más sobre el modo de aprender y jugar de un ser humano. Sabemos que hay preocupación creciente por aprender a cuidar a las criaturas, entenderlas, respetarlas y consentirlas. Deseos de volver a las raíces, de recuperar lo sostenible, lo que trae la vitalidad, lo que trae infancias felices, maternajes gozosos y aprendizajes sin límite. Como decía Alison Gopnik "Tal vez no podamos asegurar que nuestros hijos tengan un futuro feliz, lo único que podemos hacer es cambiar las posibilidades. Pero podemos al menos tratar de asegurarnos de que tendrán un pasado feliz."

La psicóloga Alison Gopnik ha dedicado gran parte de su investigación a indagar sobre la construcción de la inteligencia y la toma de decisiones de los bebés cuando juegan. Estos estudios demuestran que el supuesto evolutivo de autores como Piaget está bastante errado ya que los bebés poseen una capacidad de abstracción muy acusada desde los primeros meses de vida, utilizan los contrafactuales para imaginar diferentes posibles

realidades y aplican modelos estadísticos de probabilidad para establecer leyes sobre el funcionamiento de la realidad y así poder anticiparse a los acontecimientos.

La actividad cerebral ya no es cosa de la imaginación: tenemos tecnologías que nos permiten entrar en el cerebro humano y observarlo en su estado vivo, funcionando. Se sabe con mucha precisión cuáles son las zonas que se activan cuando realizamos algunas actividades, cuando hablamos, imaginamos, nos emocionamos o soñamos, incluso y gracias al avance del registro audiovisual podemos verlo todos en la red. Desde que abandonamos el mito del determinismo genético y nos centramos en observar los procesos de crecimiento y funcionamiento de los seres humanos, se hace más evidente que somos el resultado tanto del ambiente como de los genes que heredamos.

En nuestra personalidad es imposible distinguir qué rasgos fueron influenciados por la herencia genética y cuáles por la cultura pues la cultura es un modulador de desarrollo. No es como pan y queso que se puede separar en un bocadillo, es más como la harina y la levadura que se unen para formar la miga de pan. En un trozo de pan es imposible encontrar la harina, ni la levadura. No existe ningún programa genético que determine cómo debe transcurrir nuestra vida y que sepa de antemano cómo será utilizado cada cerebro humano. La biología no puede anticiparse – explican los investigadores. Los programas genéticos no pueden saber en qué época y en qué lugar le toque nacer a uno y por eso mismo estamos en posesión de un cerebro plástico que puede hacer de todo.

Pensé en esos años del auge del estudio del genoma humano, ¡cuántas cosas hemos intentado explicarnos sin éxito! La idea de que todo está decidido desde la semilla y que la inteligencia se hereda de padres a hijos, que la capacidad de aprendizaje como la tendencia al fracaso sean predeterminadas genéticamente e innatas, es absolutamente falsa. Lo que conocemos como “inteligencia” dejó de ser considerado privilegio de unos pocos para ser patrimonio de todos. El reduccionismo genético no sólo ignora los aspectos sociales y ambientales que influyen sobre los seres vivos, sino que también promueve y justifica muchas teorías clasistas, racistas y sexistas, que aún hoy perduran en el imaginario colectivo.



SEGUNDA PARTE: EL TERREMOTO

Volví a emigrar y volví a sentir que este cambio fue una nueva oportunidad para el aprendizaje. Aprendí otra lengua y muy pronto me integré en una sociedad nueva con sus ventajas y desafíos. Y luego, tras unos años de deseante espera llegó mi hijo para darle una vuelta definitiva a mi mundo nuevamente ordenado y abrirme los cerrojos y las compuertas. Aunque más que una inundación, su nacimiento ha sido un temblor de tierra.

Suelo comparar la maternidad con un terremoto de variable magnitud. Lo que ocurre a nivel biológico y emocional no es comparable con ninguna otra cosa que nos pudiera haber ocurrido antes. Quizá, tal vez, sólo con nuestro propio nacimiento, del cual no nos acordamos a nivel consciente, pero que tuvo mucho que ver con lo que hoy somos. Y si hasta entonces nuestro mundo conceptual era un edificio con cimientos más o menos sólidos, de un día para otro se encontraba en ruinas.

Es cierto que algunas partes de la casa permanecieron intactas, pero muchos muros se derrumbaron y algunos suelos se nos deslizaron de debajo de los pies. Y había que volver a re-ubicarnos y revisar y repensar y sobre todo entender lo que nos estaba pasando, porque nos dimos cuenta que no sabíamos apenas nada de bebés ni su mundo. Y allí estábamos con nuestros roles perdidos y sólo con un pequeño ser humano en brazos, un ser humano completamente dependiente. Se bromea con eso de que un hijo no viene con un libro de instrucciones pero pronto

entendimos que sí, que ese niño era él mismo una guía personalizada de crianza.

Durante el embarazo, el cerebro de la mujer se encoge y reorganiza para expandirse con la llegada del bebé, recientes estudios hablan incluso de la incrustación de las células del feto en el cerebro de la madre para repararlo y hacer funciones de neuronas. Durante el periodo de amamantamiento la zona del cerebro que corresponde al pecho dobla su tamaño. El cuerpo segrega hormonas como las endorfinas que son analgésicos naturales o la prolactina que hace a las madres más valientes de lo habitual, con los sentidos más despiertos y con mayor agudeza auditiva, olfativa y visual.

Cuando la madre y el bebé se tocan comparten información directa de cerebro a cerebro, información sobre cómo están, qué sienten y qué necesitan, información que cada cuerpo usa para desencadenar complejos procesos vitales. La oxitocina, la hormona del amor y de la empatía, nos inunda por dentro facilitando el vínculo, se libera de forma pulsátil a lo largo de toda la vida en situaciones especialmente emotivas como por ejemplo el parto, la lactancia y el orgasmo. Es la hormona que nos conecta con los otros, nos permite sentir lo que otro siente, disolverse en otro, entregarse al otro. La sonrisa del bebé activa, además, el centro de recompensas en el cerebro de la madre como lo haría una droga adictiva. Ver sonreír a un hijo es para nuestros cuerpos un regalo.

Es fascinante saber cuán grande es la simbiosis y la compenetración biológica entre la madre y la cría. E igual que la construcción de nido por una cigüeña, igual que la bolsa de una madre canguro nada de eso es casual, tiene su profundo sentido biológico. Cada especie está preparada perfectamente para recibir y cuidar a sus crías, y el hábitat del mamífero humano es el cuerpo de su madre, piel con piel. Piel con piel no es un método, es un lugar.

No son simples opiniones, ideas filosóficas o modas, son datos, resultado de muy diversas investigaciones científicas. Ahora la ciencia nos confirma la evidencia. El Dr. Bergman, conocido por su dedicación al desarrollo de la Neurociencia Perinatal y las bases científicas del *Cuidado Madre Canguro*, recuerda que el desarrollo de nuestro cerebro está pautado genéticamente sólo durante las 10 o 14 primeras semanas de gestación. A partir de entonces ya no es automático y empieza a depender de las sensaciones y experiencias, y así seguirá el resto de nuestra vida.¡Por eso es tan importante el maternaje! Por eso es tan importante saber que el modo de nacer, la lactancia, el contacto, el colecho no son caprichos sino necesidades fundamentales para un sano desarrollo de las criaturas. Los programas biológicos no se activarán si no se dan condiciones necesarias para que eso ocurra, para maternar una criatura es básico saber y entender eso.

Para hablar del aprendizaje no podemos saltarnos esa etapa primal en la que se forman muchas de las estructuras que necesitaremos para desarrollarnos. En los libros y conferencias de Bergman

podemos encontrar numerosas referencias a estudios e investigación de estos procesos. El hábitat del recién nacido es el cuerpo de su madre, este cuerpo es que le proporciona calor, alimento, calma, bienestar en todos los sentidos, por eso, como dice Bergman, para un recién nacido sólo existen dos opciones opuestas: mother and other, la madre y los demás. La madre es nuestra verdadera pareja simbiótica. Pero cuán lejos están estos conocimientos de la práctica cotidiana de crianza, nos podemos dar cuenta en nuestra sociedad occidental: Embarazos vividos con angustia, partos vividos con miedo, instrumentalizados y medicalizados, separación desde el nacimiento, aislamiento en la cuna, destete temprano, chupete, horarios, sobreestimulación sensorial, guarderías, falta de protección de la función materna, prácticas autoritarias, castigos, conductismo, rechazo...

Hoy, gracias a la etnopediatría, una ciencia interdisciplinar que abarca la antropología cultural, la biología evolutiva y la psicología del desarrollo, sabemos que cada cultura condiciona el desarrollo y la salud de los niños, y con ello las características de la sociedad que conforman cuando transmite sus valores a través del sistema de crianza. La forma de nacer, de ser cuidados, alimentados, de ser atendidos en cuanto al contacto físico, la concepción que se tiene del sueño, del juego, de la lactancia, afecta el desarrollo de los bebés. En palabras de la doctora en antropología española María José Garrido Mayo:

En los países industrializados de Occidente, se fomenta la independencia, el éxito individual, la propiedad privada o la competitividad; mientras que en culturas tradicionales impera el

concepto de comunidad sobre el individuo, por lo que se favorece la cohesión social. Por eso, los valores que se alientan son la reciprocidad, la ayuda mutua, la cooperación y la solidaridad social. No hay duda de que todas las normas sobre crianza: lactancia, alimentación, cómo deben dormir, actitud hacia el llanto infantil, grado de contacto físico con los bebés, etc. no son producto de la casualidad, sino que tienen una función social.

Muchas veces oímos decir cosas como “cada familia cría y educa a sus hijos como quiere” o “a su manera”, pero eso no es cierto. En general criamos y educamos según las costumbres, el sistema de valores heredado, el modelo social del cual venimos y es nuestra cultura, nuestras raíces, nuestras certezas, las que nos dictan las pautas de crianza. Y hay un objetivo, no individual sino grupal, de perpetuar este modelo del cual formamos parte.

La Escuela, Cultura y Personalidad, influyó en los posteriores estudios interculturales sobre la niñez, principalmente su tesis de que la cultura afecta a las personas desde el momento del nacimiento, así como la idea de que la estructura de una cultura se manifiesta en la forma de tratar a los niños, a través de los padres, que actúan como intermediarios, concepto que los etnopediatras llamarán etnoteorías parentales. De manera que, cambiando las prácticas de crianza, se podría modificar la sociedad.

Las convicciones, las certezas son como la brújula: nos marcan el camino, nos dan seguridad y nos permiten vivir sin sobresaltos, sintiéndonos parte del sistema, ciudadanos correctos. Pero en el fondo late la sospecha de que éste no es el modo de vivir, criar y

envejecer que hubiéramos elegido si fuéramos libres. Conviene recordar aquí que nuestro sistema es patriarcal, por lo que no sólo las leyes e instituciones, sino también la crianza, la educación, el sistema de valores, todo va encaminado a perpetuar y fortalecer el patriarcado. Nosotros, buenos hijos e hijas del sistema hace mucho ya hemos integrado que lo malo es bueno, y lo bueno es malo, y apenas llegamos a cuestionarlo, sentimos que nos falta aire. Pero los bebés llegan sin saber de política, de normas sociales, de culturas, de religiones, llegan libres de todo prejuicio, toda idea preconcebida, libres de jefes, de líderes espirituales, de jerarquías.

Sus deseos son pocos y simples porque no responden a sus “derechos” sino a sus necesidades básicas: la del vínculo y la del crecimiento. Dice el Dr. Gerald Hüther que estas dos experiencias de base se arraigan en el cerebro ya en el vientre materno. Tal vez estas dos experiencias: que me amen y que me dejen desarrollarme, estas dos esperanzas que traen nuestros hijos al mundo, deberían convertirse en sus primeras certezas.

Entregándome a mi hijo, en la etapa simbiótica comprendí que la maternidad era para mí una oportunidad, un regalo. Años más tarde Casilda Rodrigañez con sus libros y artículos me confirmó todas las intuiciones y desde entonces dejé de sentirme sola en mi maternidad y crianza. Aparecieron más mujeres, formamos un grupo para compartir crianzas y problemas, alegrías y certezas. Poco se piensa en que el embarazo, el parto y la lactancia son, como nos recuerda Casilda Rodrigañez, etapas de la vida sexual de la mujer, no un paréntesis. Poco o nada se nos dice del sistema

libidinal que ha sido establecido hace millones de años para asegurar el vínculo, poco sentimos las mujeres que el amor a las crías no es fruto de casualidades ni ideas románticas sobre la descendencia, sino un potente mecanismo de supervivencia. Acompañando al bebé descubrí que los deseos son buenos, que son la expresión de su vitalidad, que no son otra cosa que comunicación de sus necesidades. No se puede despreciar los deseos como si fueran caprichos improcedentes.

En esa etapa aprendí que las pulsiones de amor, protección, cuidados, que experimenté en mi propio cuerpo como el enamoramiento y la total entrega a las necesidades de mi hijo me producen placer y la maternidad se convierte, en general, en una vivencia gozosa y completa. Esa sensación de unión y ganas de estar juntos es la que nos facilitó toda la crianza. La decisión de no escolarizar ha sido un efecto secundario de ese modo de vida. “No hemos parido a nuestras crías para que rindan servidumbre a nadie” recuerda Casilda Rodríguez en sus artículos sobre los límites. Poner límites o informar de los límites hace diferencia de base. Los problemas dejan de ser dramas cuando se abordan desde el amor, las ganas de complacer y la empatía.

TERCERA PARTE: MIGA DE PAN. (CÓMO SON LAS CRIATURAS)

El niño debería crecer libre como un árbol. Hay que procurar que la tierra sea sana, nutritiva, el aire limpio, que haya mucho sol y calor. Si los padres le privan, le prohíben lo que su carácter y su naturaleza demandan, si irracionalmente cortan todos los nuevos y sanos brotes sólo porque imaginaron otro ideal, que su hijo debería encarnar, reciben como resultado una plantita asustadiza, podada y enana, en vez del ideal soñado (Janusz Korczak).

Los niños sanos y libres se emocionan mucho, gritan, ríen y alborotan, preguntan y responden entusiasmados y confiados, la emoción está en todos sus gestos. La emoción está para acompañar la pulsión, no es un accesorio inútil. Seguir la pulsión hace posible la autorregulación de los cuerpos, para que el placer pueda circular, y todo daño sea detectado y reparado cuanto antes. Pero la poda del bonsai ocurre muy pronto. Ocurre desde el mismo nacimiento y en la familia, eso conviene tenerlo claro. Cuando un niño llega a la edad escolar y comienza su educación formal suele estar ya adaptado al sistema y bien reprimido en sus intentos de crecer y desarrollarse libremente. Si acaso la escuela en estos primeros años le ayudará a reforzar estos problemas, pero el daño ya está hecho previamente.

Los niños antes de ser anulados y domesticados se guían por sus impulsos autorregulados y no por el reloj ni nuestros ritmos laborales. Por ello comen cuando tienen hambre, beben cuando

tienen sed, se abrigan cuando tienen frío y se quitan la ropa cuando les entra el calor, duermen cuando tienen sueño, se despiertan solos cuando han dormido lo suficiente. Hablan cuando necesitan contar algo y callan sólo cuando quieren. Se entusiasman por todo y les encanta compartir su entusiasmo. Lloran cuando se sienten mal y ríen siempre que algo les hace gracia, aunque no sea el momento ni el lugar. Son amorosos y dan cariño, besos y abrazos siempre que sienten ganas de hacerlo, pero nunca obligados a hacerlo. Y juegan, siempre que les dejamos jugar, juegan.

¿Xogamos?

-¿Qué cousa é xogar?- preguntou Gato.

- Pois é... É inventar un mundo bonito e vivir un tempinho nel.

(“A festa no faiado” Maria Victoria Moreno)

El juego libre es el mecanismo perfecto, accesible y gratuito que nos permite desarrollarnos y divertirnos al mismo tiempo.

Se pasaban horas jugando en el patio a mundos mágicos. Con sus espadas de madera luchaban contra los trols que, por lo visto, se escondían en una enorme planta de la esquina del patio. Todo lo que ocurría, ellos se lo contaban mutuamente y así visualizaban los mismos ambientes y los mismos personajes. Era divertido observarlos desde lejos como se inventaban el guión al momento. Llegaba el mediodía y el sol estaba calentando mucho. Había una parte detrás de la casa en la sombra y es donde yo pretendía llevar el juego. Sabía que no debía interrumpirles. En un momento un niño gritó: “¡voy a derrotar a los trols!” lo que aproveché y continué: “Si, en la sombrita, ¿no?” a lo que él se giró y con

mucha seriedad me aclaró: “No, para derrotar a los trols es en el lugar de los trols.” Y eso obviamente era donde él estaba.

Quien usa la lógica es él, si nos fijamos yo estaba diciendo cosas fuera de todo sentido. Lo que ocurre es que yo en realidad nunca me creí eso de los trols en mi patio, ellos sí. Porque el juego es eso, es permitirse imaginar sin límites, es darse cuenta que esa cosa que sabes fantasía por un rato se convierta en realidad y se viva como real con toda su lógica interna, que tan a menudo nos parece no tener ningún sentido. Ciertos juegos de este tipo les han durado a mi hijo y sus amigos varios meses, el juego tiene sus propias normas de desarrollo, se va complicando y creciendo en todas direcciones, a veces incluso logra sus versiones digitales y se convierte en modelo para juegos que los chicos programan o convierten en juegos de mesa.

Esa creatividad que despliegan y alimentan entre todos tiene la misma base que el trabajo de cualquier artista. Pero a los artistas nadie les interrumpe el proceso creativo. Los niños no suelen tener esa suerte. Nuestra sociedad nos empuja a lograr objetivos y alcanzar metas. Tal vez en sus “tonterías” nos cuesta encontrar algo valioso, solo se lo permitimos a ratos como distracción de lo importante o como premio. Además queremos saberlo todo: a qué juegan, para qué les puede ser útil, qué es lo que aprenden con ello, cuánto tiempo han estado y sobre todo darle nombre a todo lo que hacen:

Elisa de 7 años se pasa la tarde en el sofá rodeada de coches, circuitos, muñecos, un puente entre el sofá y el mueble...

totalmente sumergida en su mundo cuando le interrumpen preguntando a qué juega... y entonces ella, que sólo jugaba, sin necesitar definir nada, responde:

- pues es un juego sin nombre, y como solo está en mi cabeza, no te lo puedo contar con palabras....

Los adultos deberíamos con urgencia cambiar nuestra percepción del juego y entender que en el juego genuino no hay equivocaciones, porque no hay caminos. Nada está enfocado hacia un objetivo impuesto desde arriba. En mis años observando a las criaturas jugar, y también desde mi experiencia de titiritera en talleres de expresión teatral puedo ver fácilmente que el principal error es querer dominar, conducir el juego sin dar espacio y tiempo a que el juego se desarrolle por sí mismo. No confiamos, no permitimos las tonterías, no aceptamos las derivas. Entonces el miedo a que el niño “haga lo que quiera” y eso forme un ser no sometido y no domesticable nos invalida como acompañantes.

A los adultos se nos ocurren muchos inventos para domesticar el juego, por ejemplo crear ludotecas para enseñar a jugar a los niños, o monitores de tiempo libre para que el tiempo deje de ser libre. Y es que podemos percibir el juego como la selva o como la jungla. Quien la habita y la entiende la llama selva. La selva tiene sus leyes y sus modos de hacer. La selva tiene su profundo orden interno. Quien no lo entiende y la ve desde fuera sin comprenderla la llama jungla como expresión de salvajismo, peligro, caos... igual estaremos ante el juego espontáneo. De este miedo nace la idea de que todo eso hay que organizarlo, establecer objetivos claros, controlar y “dosificar” para que no se desmadre. Es por eso que

muchos adultos (lo vemos en cualquier colegio o cualquier fiesta de cumpleaños) interrumpen juegos espontáneos, creativos e integradores para imponer a los niños sustitutos “tradicionales” o “comerciales”, ofrecer lo que el adulto considera juego. Este “verdadero juego”, y aun cuando los niños acceden, no se desarrolla bien, provoca malestar, peleas, competitividad, llanto de los más pequeños, que pierden por su condición de pequeños.

El intento de imponer lo nuestro acaba antes de tiempo, pero es imposible ya recuperar el juego espontáneo previo que integraba a todos los niños sin condiciones y con plena libertad. No nos damos cuenta que lo que ofrecemos no tiene para ellos a menudo ningún sentido y por ello ni les interesa ni les aporta nada. Si no sabemos que las criaturas son buenas, tal vez se nos ocurra tratarlas como si fueran malas. Si no sabemos que son generosas y desprendidas cuando son tratadas con respeto, tal vez malinterpretemos sus comportamientos y las juzguemos como egoístas e incluso las forcemos a obedecer. Tal vez eso es lo que provoque la gran resistencia, la indignación y la lucha para que no les quiten sus juegos. La carencia trae consigo el miedo a carecer y nos predispone a ponernos en programa de lucha, las hormonas se disparan y nuestros cuerpos lo viven como un estrés, el estrés que nos obliga a actuar a la defensiva y oponerse, rabiar, protestar vigorosamente, lo que algunos con total falta de empatía llaman rabietta o pataleta. Los niños sufren innecesariamente cuando no se ven comprendidos, cuando no se ven apoyados, cuando no se escucha ni se tiene en cuenta sus razones.

Mi hijo Axel, con 6 años se relacionaba mucho con unos hermanos que se educaban sin escuela. Estos niños eran muy generosos y no sólo prestaban sino incluso le regalaban sus juguetes. Nunca les vimos darle importancia a estas cosas y volver a casa con juguetes del otro era algo normal. En aquella época la afición de los tres eran los dragones y tenían varios, con ellos montaban sus historias y con ellos paseaban a todas horas. Los chicos se llevaban bien y se tenían mucho cariño. Así que a todos nos sorprendió cuando mi hijo se ha negado a prestar un dragón suyo tras un día que pasaron juntos. No entendíamos nada, se trataba de prestarle a Damper, uno de los dragones, uno de los pequeños concretamente, todos nos lanzamos a insistir y a decirle lo mucho que el otro lo deseaba, lo desilusionado que estaba por no poder llevarse al dragoncito a casa, que no estaba bien, que había que compartir ... Él decía que en otra ocasión sí, pero hoy no, que no podía. Cuando más insistíamos, él más decía que no podía hacerlo, y se aferraba al juguete. Desistimos, lo dejamos estar. Él se relajó un poco, pero nosotros sentíamos que no lo hemos llevado bien, así que le abrazamos, le dijimos que no tenía que hacerlo si no quería, que no pasa nada si algún día no quería compartir. Y es entonces cuando me dijo bajito: “Mamá, no es eso, es que en casa está la Dragona esperándole, él es un bebé, no puede estar una semana sin su madre.”

Pensé en ello mucho, en las veces que les forzamos a hacer algo sin comprender las razones que tienen para no hacerlo. Las veces que deben dejar de hacer cosas que necesitan o desean hacer, por acomodarse a nuestras expectativas y nuestras peticiones. Y son tan buenos, y nos necesitan tanto que lo hacen y muchas veces lo hacen sin rencores. Pero deberíamos saber que cada vez que un

niño deja de hacer algo que quiere hacer y hace lo que nosotros queremos su integridad emocional se rompe. Ellos para contentarnos son capaces de hacer cualquier cosa, incluso dejar de lado sus propias necesidades. Y los adultos demasiado a menudo abusamos de nuestro poder sobre ellos y les hacemos renunciar a sí mismos cada vez más, perdiendo la intuición, desintegrándose así poco a poco para acabar necesitándonos como sus guías y autoridad.

Así que tengo que reconocer que disfruto enormemente sabiendo que mi hijo no se dejó convencer, que defiende sus ideas, contradice las órdenes e imposiciones, detecta tonos inadecuados, miradas no amorosas, que no se siente en la obligación de contentarnos como sea. Preferimos que su integridad sea su brújula pues confiamos en que mejor que nosotros, sus padres, le guiará su propio sentido ético. Alison Gopnik sostiene que los bebés poseen un acusado sentido ético y contra lo que creía Piaget de que las ideas morales se forman en adolescentes, los experimentos muestran que los niños desarrollan la empatía entre los 15 y los 18 meses de vida y tienden a exhibir altruismo desde la edad de un año. Los niños de 2 años parecen no tener problemas para diferenciar entre reglas morales y regulaciones meramente prácticas, normas arbitrarias. Su equipo ha descubierto que incluso los bebés más pequeños saben cómo funciona el amor, y muchas veces a la edad de un año ya se puede observar cómo algunos bebés han aprendido a reprimir sus emociones porque de ello depende su vida, la atención que reciban. La investigadora asegura tener pruebas de que un bebé de año y medio ya sabe

perfectamente responder a una situación ficticia en función de sus propias vivencias con el amor, y así si es niño atendido atiende, si es abrazado abraza, pero si aprendió que ante el llanto la mamá se marcha, él se marchará también. Y este será el patrón que utilizará hasta la edad adulta para saber cómo le trata la gente a la que él quiere.

En el juego podemos observarlo con facilidad. Si no dirigimos el juego infantil podremos saber cómo ellos mismos perciben su vida y la relación con los demás. Sus respuestas serán reflejos de sus vivencias. Hay estudios que demuestran que dirigir el juego infantil deteriora las relaciones entre madres e hijos, tal vez sería interesante promover más este tipo de estudios para ver en qué medida el intervencionismo se opone al aprendizaje y destruye las relaciones. Se ha podido comprobar al mismo tiempo que el cariño amortigua estos efectos, así que probablemente los niños dirigidos simplemente se sienten agredidos y actúan en consecuencia. Eso quiere decir que nuestros hijos no tienen comportamientos anormales, sino más bien comportamientos normales a vivencias anormales.

Dirigir es fácil pero acompañar, acompañar es otra cosa. Acompañar es muy, muy difícil. Para acompañar se necesita estar. Tener la atención necesaria, tener tiempo, tiempo para perder, para regalar. Acompañar sin intervenir, servir cuando sea necesario, estar disponible pero no agobiar, dejar volar sin atrapar, sin aconsejar, sin molestar, dejar equivocarse, dejar pensar, dejar tomar sus propias decisiones. Acompañar es muy difícil sobre todo

cuando no hemos sido acompañados y no sabemos en qué consiste, dónde está el límite entre el intervencionismo y la responsabilidad paterna.

Acompañar exige paciencia y discreción. Aprendí con el tiempo, que nuestro rol era principalmente servir, estar a disposición más que enseñar o educar. No nos estamos guiando por ningún programa, ni siquiera le estamos proponiendo a nuestro hijo temas que “debería considerar”; él mismo busca, propone e investiga los temas que le dicta su curiosidad y necesidad del momento. Su curiosidad es enorme y creemos que es por no haber sido gestionada nunca desde fuera. Para él todo eso es jugar, jugar y disfrutar ese juego. Enlazar los conocimientos procedentes de distintas fuentes y contextos, buscar información, cuestionar y seguir buscando, proponer respuestas y razonarlas, buscar nuevas vías , equivocarse, experimentar...

Veo a Axel de 6 años enfrascado en el montaje de dos piezas de una batidora manual de varilla y le pregunto: “¿No lo lograste?”. “ Sí, lo logré”, me responde sin levantar la cabeza, “pero después lo deslogré y ahora lo intento lograr de nuevo”.

Para nosotros la vida, el juego y el aprendizaje son una misma cosa, por eso escenas como ésta se suceden igual que las preguntas, las conversaciones, las derivas personales. No le doy consejos, no le impido equivocarse, no le echo prisas. Como bien apuntaban los indios de California "Cuando enseñas algo a alguien, has robado a esa persona la experiencia de aprenderlo por sí mismo. Debes ser cauteloso antes de arrebatarse esa experiencia a

una persona." Salvo que pida expresamente ser instruido, mi sitio es el de una madre amorosa, no el de una maestra.

Además tengo muy presente que el aprendizaje no ocurre por la vía obligatoria ni punitiva, ni estimulando ni enseñando ni rogando ni chantajeando. Puedes ponerle la comida en la boca pero no le puedes obligar a tragarla y menos aún digerirla. Igual que los bebés no necesitan ser enseñados a respirar, mamar, dormir o reír, tampoco necesitan los niños ser enseñados cómo moverse o cómo jugar, cómo mover la lengua y los labios mientras aprenden a hablar, no necesitan maestros para aprender a caminar, escalar, montar en bicicleta o nadar, solo necesitan compañía. Para aprender a nadar, por ejemplo, no se necesita cursos ni maestros. Todo niño aprende a nadar solo si le damos tiempo suficiente, acceso regular al agua y acompañamiento de un adulto que no le de consejos ni advertencias a cada paso. Este lento y progresivo descubrimiento del agua y sus posibilidades traerá algo más importante que la habilidad de nadar, le traerá al niño la autonomía y contacto con sus propias emociones, sus miedos, sus alegrías, su aburrimiento. Eso exige estar abierto a los impulsos del ambiente y elegir los que en este momento de nuestro proceso tienen sentido, transformarlos y jugar con ellos libremente sin que los resultados sean dirigidos.

El aprendizaje no ocurre de forma lineal sino a saltos por muchos caminos y con paradas inesperadas en las derivas y puede demorarse entre 2 y 4 años. Los mayores descubrimientos científicos también ocurren de esta manera. Los niños también

aprenden repitiendo una acción, dándole la vuelta, dejándola y volviendo a ella con nuevas ideas, sin prisa y sólo por la propia curiosidad y ganas de jugar. De repente y por sorpresa para sí mismo se dan cuenta que ya dominan nuevas habilidades. Sabemos que el niño no nada para aprender a nadar, ni corre para aprender a correr, ni cose para aprender a coser, ni cocina para aprender a cocinar. El niño no lee para aprender a leer, sino para leer algo concreto que le apetece saber, el niño no calcula para aprender aritmética, sino para saber cuánto le falta para reunir dinero suficiente para un juguete deseado, el niño no escribe para saber escribir sino para escribir una nota. El niño no limpia para que la casa esté limpia, muchas veces tras fregar todo el piso vuelve a echar agua por el suelo y se regocija en este juego de limpiar. El niño no hace galletas para aprender a hacer galletas sino para comerlas, e invitar a los demás a comerlas o para jugar a venderlas y esa actividad es claramente un juego y su efecto secundario será aprender a hacer galletas, o aprender a barrer o lavar ropa, pero no es el objetivo. Yo no sé exactamente cuándo aprendió a leer mi niño, ni cuándo empezó a escribir, contar, sumar, dividir, cuándo se enteró de lo que es una célula, un gen, una molécula, ni cómo sabe la mayoría de las cosas que sabe.

Los conocimientos se conectan, enlazan, cruzan, la conversación suele perder pronto su forma lineal para convertirse en un árbol de posibilidades, argumentos y opciones por las que solamente nos debe guiar nuestra propia curiosidad, necesidad e interés. Cualquier palabra, cualquier noticia es suficiente para que las ideas aparezcan y quieran ser escuchadas. Todo es juego, todo es

disfrute. No hay objetivo a la vista, no se pretende lograr nada concreto ni evaluar los progresos. Igual que sucede en la vida de una pareja de enamorados que cuando conversa simplemente intercambia, la relación es de igual a igual y es impensable que nadie se dedique a educar al otro, la conversación es la comunicación placentera que une e informa. Nadie pretende poner límites a nadie, nadie pretende gobernar a nadie, nadie desea imponerse, ni educar.

Cierto que vivimos en un mundo de jerarquías, un mundo vertical, pero no estamos obligados a perpetuarlo con los hijos, muchas certezas ya las hemos dejado atrás. En el fondo todos sabemos que en una relación amorosa no hay sitio para el poder. Y sólo cuando la palabra “educación” carece de sentido, se puede utilizar la palabra “relación” como nos recuerda Christiane Rochefort en su libro “Los niños primero”. Cuando un ser humano aprende, trabaja o estudia por su propio impulso y su decisión y en temas que le gustan e interesan como podemos comprobar con los videojuegos o la lectura, observamos que es tenaz, constante, riguroso, insaciable, no se distrae, no le cuesta, no presenta déficit de atención, ni otros trastornos asociados al estudio. Cuando cambiamos la cultura del esfuerzo por la cultura del placer todo cambia.

Nos hacen creer que no sabemos nada del cuidado de las criaturas, y nos empleamos en aprender los métodos y las pautas que dictan los expertos, y mientras nos aplicamos a ello, dejamos inoperantes nuestros impulsos amorosos con su función básica de interacción libidinal, y con toda su sabiduría. Además, la

complacencia es la verdadera vía del aprendizaje, la que respeta y da satisfacción a la curiosidad del niño o de la niña. Esta curiosidad crece exponencialmente a medida que se satisface, y entonces se acrecienta la búsqueda del conocimiento y se multiplica el esfuerzo y la dedicación al estudio. La situación actual del o de la estudiante es esperpéntica por lo alejada que está de lo que podría ser de un sistema de aprendizaje respetuoso con los jóvenes seres humanos (Casilda Rodríguez).

Ojalá las Universidades quieran sumarse a la investigación tan interesante como necesaria de los procesos de aprendizaje, ojalá se comprenda más y mejor cuáles son las cualidades humanas fundamentales para que dejemos de despreciar a los niños con la etiqueta de perversos polimorfos como les definía Freud. Ojalá dejemos a los niños más libres para poder disfrutar sus vidas acompañándoles en sus descubrimientos, y no dirigiéndoles. Ojalá aprendamos a aprender de ellos y con ellos. Y mientras les acompañamos, les damos información e incluso instrucción cuando lo piden, procuramos dejarles libres para crecer y para amar, tratando de no educar, pues coincidimos con Alice Miller cuando dice que:

"contrariamente a lo que en general se piensa, y con gran horror de los pedagogos, no logro descubrir significado positivo alguno en la palabra educación. Veo en ella la defensa personal del adulto, la manipulación perpetrada desde su propia inseguridad y falta de libertad, que puedo entender perfectamente, pero cuyos peligros no me es lícito ignorar."

Esa es, entre tantas dudas, una de las pocas certezas que tengo ahora. Axel, mi hijo de 12 años, también habita este mundo de incertidumbres, pero tiene muchas certezas que le dan seguridad y alegría para construir su vida. alguna de las más destacadas es que es amado, libre y capaz, y que le esperan muchos maravillosos descubrimientos.



Bibliografía:

Casilda Rodríguez Bustos (2008) La sexualidad y el funcionamiento de la dominación. Para entender el origen social del malestar individual.

Casilda Rodríguez Bustos (2009) La Degeneración de la raza humana por la pérdida de sus cualidades fundamentales

Casilda Rodríguez Bustos, Ana Cachafeiro (2007) La Represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente. Ediciones Criminales

Alison Gopnik (2010) El filósofo entre pañales: revelaciones sorprendentes sobre la mente de los niños y como se enfrentan a la vida. Temas de hoy.

Christiane Rochefort (1977) "Los niños primero" Editorial Anagrama. Barcelona

Alice Miller (2009) "Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación de un niño" Tusquets Editores. Barcelona

André Stern (2013) Yo nunca fui a la escuela. Litera Libros Editorial

Garrido Mayo, María José (2012) Etnopediatría en contextos virtuales. Un nuevo paradigma social y antropológico basado en la crianza respetuosa y su articulación en internet (tesis doctoral)

Jesper Juul (2004) Su hijo, una persona competente: Hacia los nuevos valores básicos de la familia. Editorial Herder.

Damasio, Antonio (2010) Y el cerebro creo al hombre. Editorial Destino
Garrido Mayo, María José. Antropología de la infancia y etnopediatría
(ETNICEX. Revista de Estudios Etnográficos; No 5 (2013); 53-63)

García Calvo, Agustín. Cómo se mata un niño para hacer un hombre (o una mujer) artículo. Editorial Lucina

Nils Bergman. (2005) Cuidado Madre Canguro, Sextas Jornadas Internacionales sobre Lactancia, Paris

John Holt (1964) How Children Fail (Cómo fracasan los niños)

John Holt (1967) How Children Learn (Cómo aprenden los niños)

Conferencia de Alison Gopnik en TED:

http://www.ted.com/talks/alison_gopnik_what_do_babies_think

language=en conferencia del neurocientífico: Prof. Gerald Hüther

<http://ecologiedeleducation.jimdo.com/engrais-prof-gerald-hüther/>

Laboratorio de observación y de preservación de las disposiciones espontáneas del niño.

<http://ecologiedeleducation.jimdo.com/>

Hecho Artesanalmente
en algún lugar del Valle de Chutunzo
Comunidad de Aprendizaje Caranday
San Luis Argentina
Diciembre 2016